

rio, parecen arengas inglesas por la circunspección con que miran á la realidad y por el sarcasmo continuo con que aceran y emponzoñan sus argumentos. Así no pudo menos el discurso asestado á la cabeza del clero, todo razonador y sarcástico, que conmover mucho al Congreso y determinar, contra los clérigos enemigos de las ideas revolucionarias, impetuosa corriente del espíritu público.

Intervino en esta deliberación el abate Fauchet, republicano exaltadísimo, sincero creyente, filósofo y sacerdote; con ideas racionalistas y afectos místicos; especie de razonador á lo moderno y de místico á la Edad Media, el cual no satisfecho de los Evangelios encarnados en los corazones y esclareciendo las conciencias dentro del santuario y del hogar, queríalos externos, políticos, sociales, haciendo del Estado una entidad entre religiosa y democrática, muy dispuesto en favor de los pobres y de los débiles como una gran casa de beneficencia; y así para conseguir todo esto, sumaba en su gnosticismo casi oriental, tanto los monjes como los masones, tanto los ungidos por el óleo antiguo como los iniciados en la filosofía contemporánea; el magnetizador predicando los milagros de la ciencia y el estático viviendo de rodillas ante los altares, el sacerdote de lo pasado y el sacerdote de lo porvenir, el judío y el panteísta, los cuáqueros y los ultramontanos: que todo se mezclaba en aquel espíritu, iluminado á un tiempo, entre los estremecimientos de la grave agitación revolucionaria, por los chispazos que despedían las barricadas y por los resplandores que despedían las Iglesias. Fauchet, creído de servir así el soñado pacto entre la fe y la revolución, colgaba su lámpara descolgada del templo, por los clubs franciscanos, decía misa en fiel y ortodoxo misal, ayudado por los jacobinos; confundía el San Juan Evangelista de las devociones piadosas con el neo-cristiano Rousseau de las escuelas revolucionarias; iba de buena fe al rosario de sus parroquianos y al salón de sus amigas; bebía el santo cáliz y el porrón tabernario; mezclaba el Dios de los tomistas con el Dios de los masones; confundía el dogma heredado por su fe con los geroglíficos egipcios; ponía la trinidad alejandrina en la trinidad ortodoxa y el platónico Logos en la revelación y Verbo cristianos; ya confesando á un penitente ó ya oyendo un ateo; siempre difusivo, elocuentísimo siempre; muy exaltado; profeta oriental y silogista empedernido; ya sobre la tribuna del Congreso revolviéndose contra los clérigos refractarios, ya bajo las alas del Espíritu Santo sobre las tablas del púlpito de Nuestra Señora pidiendo la entrada en el santuario de los racionalistas ó la salida de los sacerdotes del santuario para ir hacia los herejes y los relapsos; especie de sincrético espíritu; que abrazaba en sus utópicas síntesis desde las tradiciones religiosas del mundo romano hasta las ideales doctrinas y los instrumentos comunistas del socialismo contemporáneo. Antiguo predicador de la corte versallesa trató á los reyes y á los príncipes de Francia como los profetas bíblicos trataron á los Reyes y á los príncipes de Israel. Predicador también de las sociedades patrióticas asistió al asalto de la Bastilla y llevó hasta la hora de su muerte trágica, el manto vestido tal día por las balas reaccionarias agujerea-

do. Así, el discurso que fulminara sobre la frente de los sacerdotes refractarios, resonó con igual resonancia en la Cámara y en la Iglesia. Bien es verdad que muy exaltado en diti-rambos contra la reacción y los reaccionarios á los vuelos de su elocuencia, se aparecía como verdadero conciliador en sus consejos prácticos. Después de haber encarecido las culpas que cometen los sacerdotes reaccionarios y el terror que difunden, malos compo-nedores de la humana libertad con el cielo cristiano, capaces de inocular el odio hidrófobo en las almas piadosas y fraternales, sanguinarios hasta impeler el exterminio de los patriotas por el cuchillo de los facciosos, caldeados al fuego del infierno, peores que los ateos, pide con toda sinceridad que no les vuelvan mal por mal, que no les hagan daño, que no les persigan, que no les molesten, que no les prendan, que no les destierren, que ni siquiera los destituyan, oponiendo los pensamientos buenos á sus malos pensamientos, las verdades cristianas á sus errores y supersticiones, la virtud á su pecado, la caridad á su odio, reduciendo todas las medidas en su contra sólo á privarles de sus sueldos, ya que comen del presupuesto votado por la nación en su beneficio y maldicen á quien les honra y los mantiene.

Estos discursos unidos al pronunciado, sobre igual objeto, por el más persuasivo de los oradores entonces, Isnard, decidieron al Cuerpo legislativo en favor de dos resoluciones: primera, quitar á los curas ultramontanos sus pensiones; y segunda, conceder á las autoridades públicas de barrio, municipio, distrito, departamento, autorización para desterrarlos. Según Isnard, la revolución francesa no saldría del período de los combates, ni entraría en el período de las soluciones hasta que resolviere la cuestión eclesiástica. Y así tomaba el Parlamento aire de Concilio y se metía en los problemas económicos. Los diputados se habían reducido bajo la sugestión de Fauchet al destierro de los curas ultramontanos; Isnard quería la expulsión del reino. Como el Congreso legislativo se resistiese, Isnard, violentado por la violencia, se llegó á olvidar de los nuevos principios jurídicos hasta pedir la expulsión inmediata sin pruebas, añadiendo, «yo combatiré á todos los facciosos, sean quienes sean, y vengan de donde vinieran; yo no pertenezco á partido alguno, mi Dios único es la Ley; no reconozco ningún otro.» Así estuvieron los ánimos y los espíritus respecto del clero, desde la reunión del Congreso hasta fines de Noviembre; más inclinados hacia las benevolencias de Fauchet que hacia los odios de Isnard. Pero, la repetición de los motines acaecidos en todos los departamentos á nombre del clero y del poder eclesiástico, así como los desafíos de las hojas monárquicas y piadosas, poniendo de mal humor al Congreso, lo empujaron hacia las resoluciones violentas. Tras una serie de considerandos muy notables, inspirados todos en el Contrato Social, manteniendo la supremacía del Estado sobre todas las demás entidades sociales y declarando que al Estado toca ligar todos sus miembros entre sí cual sumar sus factores, dispusieron que, siendo el juramento cívico la fianza prestable por todo ciudadano de su fidelidad á las leyes, si un

CAPILLA ALFONSEINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. E. I

sacerdote lo rehuía, manifestaba en esta negativa su resolución de no reconocer ni acatar las leyes, por lo cual debería ser considerado sospechoso de conspiración aviesa contra la patria libre; quedar sujeto á vigilancia de policía, merecer un destierro decretado á gusto de las autoridades, caer preso por un año en cuanto la desobediencia fuera patentizada, volviendo las iglesias al culto nacional que paga el Estado, quien declara los clérigos constitucionales protegidos por todas las autoridades y por todas las leyes. Malos eran estos decretos por imaginarse los legisladores con facultades coercitivas sobre la conciencia, con poder vivo sobre las almas. Pero, buenos ó malos, no había más remedio que respetarlos y obedecerlos. Y los constitucionales, airados contra las tendencias democráticas, más manifiestas cada día en el Congreso; y la corte cada día más ilusa ó ciega por su apego á los temas pesimistas, hicieron el diablo á cuatro para indisponer al Parlamento con la realeza por motivo del clero. Así levantáronse muchas peticiones formadas por gente conservadora, pidiendo á Luis XVI que negase al decreto la sanción, oponiéndole su regio veto. ¡Dolor de los dolores! Tal veto destinado á reabrir la revolución, era deseo de los constitucionales y conservadores, para destruir la revolución, y de los revolucionarios para exagerarla, caminos todos de ruina y de muerte. Así las cosas públicas marchaban por necesidad á un rompimiento, irreparable de suyo, entre la monarquía y la libertad. Como la fuga de Varennes determinó un súbito cambio de los espíritus conservadores en espíritus revolucionarios, el combate por estas leyes contra clérigos y emigrados trajo todavía consecuencias más transcendentales, pues produciendo á diario un conflicto agudo, produjo y determinó al cabo la pavorosa catástrofe.



## CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-NOVENO

Franciscanos y Girondinos



IMPOSIBLE conocer la revolución francesa en su desarrollo, y con la revolución francesa el espíritu connatural á este nuestro siglo, sin analizar los dos grupos, impulsores capitales del tiempo, que se dilata desde la reunión del Congreso legislativo hasta el terrible momento en que los convencionales se resolvieron á una contra Robespierre, y cerrando con su dictadura, cerraron en los dos capitales sentidos de tal palabra, con la República y la República. Período éste verdaderamente creador de una fuerza impulsora como no la tuvo antes, ni la tendrá después, ningún período histórico, no podríamos explicarnos su electricidad, si no contásemos los condensadores eléctricos diseminados en aquel gran París, capitalidad del género humano desde tales días inverosímiles hasta hoy, por haber bebido el espíritu nuevo embriagándose con sus efluvios, y difundidolo por el mundo sin reposo, primero merced á sus ideas y después merced á sus armas. No existe fase ninguna de la idea humana en el tiempo y en el espacio que no haya sido resultado de otras ideas inspiradas, las cuales á una le dieron luz, y de otros innumerables hechos, los cuales á una le dieron vida. Para que apareciese Cristo un momento en Jerusalén, salvándonos y redimiéndonos, fué necesario que clamaran los desiertos y hablasen los cielos por boca de sus reveladores y profetas; que las escuelas alejandrinas coincidieran en pensamientos y propósitos con los sanedrines judíos; que los Bautistas, levantándose con el alba, previniesen á las gentes, en acecho y atisbo del Salvador, la divina llegada de éste al mundo; que se desarrollase la idea progre